

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Nicole Giron

“Ignacio Manuel Altamirano”

p. 257-294

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

NICOLE GIRON*

Datos biográficos

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de noviembre de 1834 en una familia humilde de Tixtla, hoy pequeña ciudad del estado de Guerrero, pero que, en la época de su nacimiento, formaba parte del distrito de Chilapa, una de las divisiones administrativas del Estado de México. Asistió a la escuela de su pueblo, donde se le enseñó, como a los demás niños indígenas, la doctrina cristiana. Gracias a la elección de su padre como alcalde fue admitido entre los niños “de razón” por el maestro de escuela del lugar deseoso de congraciarse con el nuevo integrante de la autoridad municipal.

Este hecho determinó el destino futuro del niño Altamirano pues, debido a ello, adquirió, aunque tardíamente, el dominio escrito del español. Sus capacidades intelectuales, sobresalientes, se evidenciaron entonces al grado de ser seleccionado, en 1849, como representante del distrito de Chilapa para beneficiarse de una beca de estudio en el Instituto Literario de Toluca. Dicha beca formaba parte de un programa educativo diseñado por el doctor José María Luis Mora cuando se creó el Estado de México y fue revivido, en 1847, por la autoridades liberales del mismo, con el fin de propiciar el acceso a la cultura de los hijos de familias pobres, preferentemente indígenas.

En el Instituto Literario de Toluca, Altamirano realizó bajo la tutela de excelentes maestros, entre ellos Ignacio Ramírez, una carrera escolar brillante; sin embargo, fue expulsado antes de concluir sus estudios secundarios. Gracias al apoyo económico de un rico hacendado español pudo terminar esta etapa de su formación probablemente en un colegio capitalino.

Parece entonces haber interrumpido sus estudios para participar en la revolución de Ayutla. Victorioso el movimiento, Altamirano fue favorecido por una “beca de gracia” e ingresó en enero de 1856 al Colegio Nacional de San Juan de Letrán, en la ciudad de México, donde perma-

* Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

neció hasta mediados del año de 1859. En este lapso cursó una “meteórica” carrera de derecho.

Con otros estudiantes de esta institución asistió desde las galerías del hemiciclo legislativo a los debates parlamentarios del Congreso Constituyente, recibiendo extracurricularmente grandes lecciones de derecho constitucional y cimentando sus convicciones políticas radicales.

Concluidos sus estudios teóricos de derecho, Altamirano fue designado profesor de latín en el colegio donde poco antes asistía como estudiante. Empezó la parte práctica de su carrera de abogado, al tiempo que iniciaba la guerra de Reforma, yendo en las mañanas al despacho del abogado Covarrubias y en las tardes a las clases de la Academia Teórico-Práctica que dependía del Ilustre y Nacional Colegio de Abogados. Por aquellos días también se inició en las tareas periódicas en el entorno de Francisco Zarco, publicando traducciones y artículos sin firma.

Los jóvenes altamente politizados que formaban entonces el grupo de amigos de Altamirano eran, sin embargo, ante todo, literatos, lectores apasionados no sólo de poesía clásica, latina, griega o española, sino de las creaciones literarias hispanoamericanas, francesas o inglesas clásicas o recientes. Veían en la literatura bajo todas sus formas, pero muy particularmente en la novela, un arma ideológica poderosa, prometida a la mayor difusión; por ello consideraban a la literatura un campo afín a la política.

En su calidad de “progresistas” sufrieron persecuciones por parte de la policía conservadora durante los años de 1858 y 1859, al igual que los personajes famosos que habían sido sus mentores, como Ignacio Ramírez y Francisco Zarco, arrestados y encarcelados ambos por el gobierno conservador. Fueron apresados el joven poeta José Rivera y Río, y el periodista y novelista Florencio María del Castillo, miembros del cenáculo que se reunía en el cuarto de Altamirano en San Juan de Letrán. El 11 abril de 1859, tuvieron lugar los “fusilamientos de Tacubaya” ordenados por el general conservador Leonardo Márquez, quien decidió, contra todos los usos de guerra de aquel tiempo, ejecutar, junto con los oficiales enemigos prisioneros, a varios civiles, incluidos los médicos acudidos para asistir a los heridos en el campo de batalla. Entre ellos se contaron algunos miembros del grupo que se reunía en el cuarto de Altamirano. Disfrazado, éste fue a buscar entre los cuerpos deshechos por las balas los cadáveres de sus amigos muertos. La impresión horrible de estos sucesos, el estrechamiento del cerco policiaco en torno a los liberales que habían permanecido en la capital, la indignación ante los festejos organizados en la ciudad de México por los conservadores victoriosos y el clero después de las atrocidades de

Tacubaya parecen haber decidido a Altamirano a abandonar la capital, aun sin concluir sus estudios prácticos de derecho.

El 5 de junio de aquel año se casó con Margarita Pérez Gavilán, oriunda de Tixtla, como él, y juntos salieron de la ciudad de México con destino a Guerrero.

La etapa final de la guerra de Reforma Altamirano la viviría en su tierra natal, donde se integró al grupo político liberal local. Entregado a las actividades del foro y del periodismo político, se esforzó por crear opinión liberal desde las columnas del periódico oficial del estado de Guerrero, *El Eco de la Reforma*, y participó como orador oficial en las festividades patrióticas de septiembre de 1859. En calidad de asesor militar, acompañó en alguna de sus campañas contra los conservadores guerrerenses al gobernador interino del estado, el general Vicente Jiménez, pariente de su esposa, y participó en los sangrientos combates del sitio de Chilapa en 1860.

Electo diputado al Congreso General de la Nación, con el apoyo del general Juan Álvarez, Altamirano regresó a la capital del país en junio de 1861. Alcanzó entonces una fulgurante notoriedad con su famoso discurso contra la amnistía que recalca la necesidad de acabar sin miramientos con los partidarios de la reacción. Sus intervenciones de inspiración jacobina impactaron a la opinión capitalina y a la clase política del momento, granjeándole una fama de tribuno excepcional. Invitado en septiembre de 1861 a participar, en compañía de Ignacio Ramírez, en la celebración de las fiestas patrias, pronunció el discurso oficial de conmemoración en el acto público celebrado en el Teatro Nacional la noche del 15 de septiembre en presencia del presidente de la república, Benito Juárez. De este modo en unos meses el joven diputado tixtleco de 27 años alcanzó una posición señalada en el mundo político de su momento.

En medio de la efervescencia interna que caracterizó el año terrible de 1861, la suspensión del pago de la deuda externa a que Juárez y sus ministros se vieron orillados por la falta de recursos del erario vino a añadir dificultades exteriores a la comprometida situación del país. El presidente Juárez tuvo que enfrentar una persistente oposición cristalizada en torno al general Jesús González Ortega, vencedor de Calpulalpan, quien gozaba de un gran prestigio por sus éxitos militares. Altamirano, junto con Vicente Riva Palacio y otros jóvenes diputados y abogados liberales figuró entre los oponentes al presidente de la nación.

Hay que situar en este contexto de tensión extrema el incidente en que se vio envuelto el diputado Altamirano, en agosto 1862, a raíz del vigoroso artículo que publicó en el periódico *El Monitor Republicano*

criticando al señor Wagner, titular de la Legación de Prusia y entonces encargado por los demás ministros europeos de la custodia de sus nacionales en México. La prensa se hizo eco del asunto y desplegó una campaña en defensa de Altamirano, elogiando su patriotismo, que lo conducía a instituirse como defensor del honor nacional ofendido por las opiniones de Wagner, quien prestaba a la mayoría de la población de México simpatías monarquistas.

Unos meses después, al inicio de la invasión francesa, el diputado tixtleco, dispuesto a lanzarse a la lucha armada, solicitó del ministerio de la Guerra autorización para levantar una guerrilla en el sur con el fin de combatir la intervención extranjera.

Su reelección como diputado del estado de Guerrero le impidió realizar este proyecto militar y figuró en 1863 como miembro de la diputación permanente del Congreso en San Luis Potosí, donde permaneció junto al gobierno de Juárez mientras éste ocupó dicho punto.

Entre fines de diciembre de 1863 y marzo de 1864, en un largo viaje que lo condujo hasta Mazatlán, rodeando por tierra las zonas de ocupación francesa, después de Mazatlán a Manzanillo por mar entre mil peligros, y nuevamente tierra adentro por las veredas de la Sierra Madre Occidental, Altamirano regresó al sur decidido a participar en la defensa de la República cerca de Juan y Diego Álvarez.

Entre 1864 y 1866 vivió en La Providencia, hacienda de los Álvarez, que era el centro político del estado de Guerrero. Durante este periodo, Altamirano reanudó sus actividades periodísticas, colaborando en *La Voz del Pueblo*, publicado en Tixtla, para explicar y defender frente a la opinión pública la posición del gobierno republicano. Asimismo mandó el texto de algunos de sus discursos patrióticos a los periódicos editados en español en San Francisco (California, EU). Algunos de ellos, como *El Nuevo Mundo*, sostenido por el cónsul mexicano en aquel puerto, Manuel Godoy, pretendían difundir hacia las naciones sudamericanas la versión republicana de los combates habidos en México, con el fin de ganar apoyos internacionales para el gobierno de Juárez.

En este tiempo, nuestro tixtleco sostuvo una correspondencia bastante frecuente con el presidente, procurando servir de enlace entre él y los militares republicanos del centro y del sur, en particular el general Vicente Riva Palacio, que guerreaba en Michoacán contra las tropas belgas y los imperialistas mexicanos. Del mismo modo, Altamirano procuró apoyar —aunque sin éxito— las peticiones de armas y hombres formuladas ante los Álvarez por el general Porfirio Díaz, ansioso de reemprender en el estado de Oaxaca sus campañas contra el ejército francés y las tropas austro-imperiales.

En el terreno de combate de la oratoria cívica, se afaná, como

diputado del gobierno republicano, por tomar la palabra en las principales festividades cívicas, 16 de septiembre o 5 de mayo, en Tixtla, Acapulco o La Providencia, contribuyendo a mantener en alto las convicciones patrióticas de sus conciudadanos y ejerciendo una influencia política importante cerca del viejo patriarca del sur, el general Juan Álvarez.

Finalmente, desencantado ante la inercia militar de Diego Álvarez y metido en un agudo conflicto con él, se lanzó a la acción en diciembre de 1866 apoyado por el general Vicente Jiménez. Haciendo uso del despacho de coronel que le había otorgado el presidente Juárez en octubre del año anterior, tomó la cabeza de una compañía de caballería de 400 hombres y combatió con fortuna a los principales cabecillas imperiales de la zona comprendida entre Tixtla, entonces capital del estado de Guerrero, y la región de Cuernavaca y Cuautla.

En los primeros días de 1867, con una clara visión estratégica y gran audacia, Altamirano fue el primer jefe republicano que llegó a Tlalpan, situado a cuatro leguas apenas del corazón de la capital.

Unido a las fuerzas del general Vicente Jiménez, Altamirano se incorporó en Toluca a la división del general Vicente Riva Palacio y participó en el sitio de Querétaro a partir de marzo de 1867. Por su comportamiento en los sangrientos encuentros del 11 y el 27 de abril de 1867, en los que combatió personalmente al arma blanca, Altamirano fue citado como héroe en la orden general del ejército.

En estos días desempeñó provisionalmente la secretaría del general Escobedo, comandante en jefe de los 25 000 soldados republicanos reunidos alrededor de Querétaro. Por este motivo llegó a entrevistarse personalmente con el príncipe Maximiliano de Habsburgo mientras éste se encontraba aprisionado en el Convento de la Cruz.

Posteriormente Altamirano salió de Querétaro con la División de Riva Palacio para ir a reforzar el ejército de Porfirio Díaz que cercaba la capital pero, gravemente enfermo de disentería, como muchos otros participantes en el sitio, se replegó a Toluca, con la intención de restablecer su salud.

Poco antes, había sido llamado a consulta por el ministro de Relaciones y Gobernación, Sebastián Lerdo de Tejada, deseoso de obtener mayor información sobre los asuntos de Guerrero, en donde se veían apuntar graves disturbios nacidos del conflicto entre el general Jiménez y el general Diego Álvarez. En esta ocasión el tixtleco manifestó su desconfianza hacia Diego Álvarez tratando de granjear el apoyo presidencial para Vicente Jiménez. Reiteró ante las figuras más importantes del gabinete las opiniones que había expresado en algunas de sus cartas, sin disimular su admiración por la conducta valerosa de ciertos

jefes militares republicanos quienes, en su concepto, merecían mayor consideración por parte del gobierno. Tal era el caso del general Porfirio Díaz, o de Vicente Riva Palacio, ambos amigos suyos.

En los meses que siguieron al regreso triunfal de Benito Juárez a la capital del país, Altamirano participó activamente en la polémica que acompañó en agosto de 1867 la publicación de la convocatoria para la elección constitucional del presidente y de los diputados al Congreso General. Entonces fundó, en compañía de Ignacio Ramírez, el periódico *El Correo de México*, invirtiendo en esta aventura las cantidades recibidas como pago de sus haberes de coronel.

Altamirano se pronunció contra la reelección del presidente Juárez, sosteniendo los méritos patrióticos y políticos del general Porfirio Díaz. Su actividad como periodista político hostil al jefe del Estado fue tan notoria que el presidente Juárez lo saludó en un brindis oficial como al “jefe” de la oposición.

El triunfo electoral de Juárez, nuevamente designado presidente constitucional en 1867, convenció al tixtleco de la imposibilidad de establecer una verdadera alternancia democrática en el ejercicio del poder. Así lo demostraban además los acontecimientos políticos del estado de Guerrero en donde, con la venia del gobierno general, Diego Álvarez, después de la muerte de su padre, se aferraba al poder contra todo fundamento legal. Altamirano tomó cartas en el conflicto que pronto degeneró en un enfrentamiento personal, volviendo imposible cualquier regreso de nuestro periodista a su tierra natal mientras Diego Álvarez allí imperase.

Anegado en fango, Altamirano quedó por otra parte decepcionado por la actitud indiferente de Porfirio Díaz, a quien había apoyado abiertamente en las columnas de *El Correo de México* durante la campaña electoral.

Desengañado de las combinaciones políticas y seguramente aquejado por el nivel de bajeza que había alcanzado el pleito con Álvarez, Altamirano decidió transferir hacia la literatura sus preocupaciones por la vindicación del honor nacional duramente atacado por la opinión internacional.

Éste era un campo donde había mucho que hacer: las severas apreciaciones sobre su propio país que los jefes conservadores habían diseminado en Europa en la época de la guerra de Reforma y durante la Intervención francesa, los juicios que de una manera parcial los oficiales de esta nación habían formulado sobre el país invadido, los comentarios de los viajeros o diplomáticos extranjeros acerca de la inestabilidad política y la inseguridad imperantes en México habían contribuido a desvalorizar la imagen nacional. El fusilamiento de Ma-

ximiliano apareció a los ojos de una opinión extranjera —sobre todo europea— ya prevenida en contra de México, como la demostración de su irremediable barbarie. El tixtleco aceptó el desafío y se propuso demostrar a la faz del mundo, y a la conciencia propia, que México era una nación capaz de establecer un diálogo de pares con las naciones cultas de Europa y del mundo.

El renacimiento de las letras mexicanas eficazmente promovido por Altamirano debe por lo tanto asociarse a su alejamiento de la política, aunque siempre conservaría la tentación de regresar —y de hecho regresó— a los territorios políticos del periodismo.

Designado por el voto popular al cargo de fiscal de la Suprema Corte de Justicia en las elecciones de 1867, y separado de las bregas propiamente políticas, Altamirano se apartó del periodismo de oposición para consagrar al cultivo de la literatura los ratos libres que le dejaría su cargo de magistrado de la suprema instancia jurídica del país. Volcó hacia el campo cultural la vitalidad que había aplicado a la defensa del republicanismo y a la promoción de las ideas liberales.

La revista literaria *El Renacimiento*, que publicaron Altamirano y Gonzalo A. Esteva al iniciarse el año de 1869, fue un testimonio de este empeño. En el curso de su escaso año de vida, logró reunir los nombres más relevantes de las letras mexicanas. Al ojear la lista de sus redactores y colaboradores, se presencia un desfile de valores comprobados pero también figuran los nombres de quienes apenas manifestaban entonces sus aptitudes y serían talentos consagrados sólo al cabo de unos lustros, sin contar una proporción inusual de mujeres escritoras, poetisas generalmente. Entre todos, hicieron de *El Renacimiento* un agasajo literario que vino a colmar la sed de bella literatura insatisfecha a lo largo de diez años de zozobra y guerra.

Con la publicación de esta revista excepcional que reunió por un breve tiempo, en una aparente hermandad, a cuanto literato con que contaba México, Altamirano se instaló en el liderazgo de la literatura nacional. A lo largo de los siguientes 20 años contaría entre sus talentos más esclarecidos y llegaría a ser para muchos un “maestro” formador.

El resto de la vida de Altamirano, más conocido, se puede resumir así: fue reelecto como magistrado de la Suprema Corte de Justicia en 1874 por seis años, se desempeñó al mismo tiempo como profesor en diversas instituciones docentes, dando sus lecciones ante estudiantes de diferentes niveles y siguió desarrollando una producción constante como crítico literario. También se manifestó en aquellos años como novelista, poeta, periodista cultural y halló tiempo para animar las actividades de numerosas sociedades literarias y científicas, muy particularmente la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la

cual ocupó cargos relevantes durante 18 años consecutivos, y el Liceo Hidalgo, que presidió a partir de 1872. Participó asimismo en asociaciones masónicas del Rito Escocés Antiguo y Aceptado ocupando cargos de alta dignidad. Nuevamente electo diputado, formó parte del décimo Congreso constitucional en 1880 y 1881, y reinició abiertamente su participación en el periodismo político. Ésta había sido episódica durante el tiempo de sus funciones oficiales en la Suprema Corte de Justicia y centrada principalmente en los problemas educativos, tema que propició ardientes polémicas con la prensa católica conservadora, capitaneada por Ignacio Aguilar y Marocho.

En 1882 fungió como asesor ministerial del secretario de Justicia e Instrucción Pública que le encargó la preparación del proyecto de ley de creación de la Escuela Normal de Profesores de Instrucción Pública del Distrito Federal, institución de vocación nacional destinada a formar a los maestros de educación primaria. Aprobado por la Cámara de Diputados a finales de 1885, el proyecto tardaría todavía un año y medio en volverse realidad. Finalmente la Escuela Normal se inauguró en presencia de todo el gabinete en febrero de 1887.

Después de la agitación parlamentaria con sus combates oratorios, y la afanosa labor periodística al frente del diario *La República*, interrumpida al final de 1881, la década de los ochenta corresponde para Altamirano a una etapa de recogimiento y erudición.

Al tiempo que desaparecía una gran figura de la Reforma, la de Ignacio Ramírez, tan entrañable para Altamirano, la de Porfirio Díaz se iba perfilando como la nueva encarnación del poder, al regresar a la silla presidencial en 1884 para no abandonarla en lo que quedaba de centuria.

Altamirano, admirado por los progresos que permitía la paz social, pero ajeno a la vorágine de las mejoras materiales, se identificó todavía más con la generación de la Reforma, a la que defendió de los ataques de los jóvenes intelectuales cercanos al nuevo régimen, y se refugió en los valores perennes del saber. A estos años pertenece, como una modalidad relativamente tardía de su obra, su producción propiamente historiográfica.

Durante esta época, en que ronda los 50 años, su salud se degrada. En 1886 se le diagnosticó la enfermedad de diabetes por la que se atendió a lo largo de toda su estancia en Europa. Enfermo, quizás desalentado por la evolución política del país de la que se sintió segregado, aceptó el cargo diplomático que se le ofrecía: el consulado general de México en España, con residencia en Barcelona. Salió de Veracruz para Europa, vía Nueva York, el 21 de agosto de 1889, sin saber que nunca volvería a ver su tierra natal. A disgusto en Barcelona donde su salud se quebrantó nuevamente, permutó su puesto con el cónsul

general de México en París, Manuel Payno. Vivió en esta ciudad, que le encantaba, dos años de intensa actividad. Viajó a Italia, Suiza, Bélgica. Atacado por una forma benigna de cólera en el verano de 1892, en París, sufrió posteriormente una afección pulmonar. Nunca se repondría de este último padecimiento aunque, tratando de sobreponerse, cumplió con las responsabilidades de su cargo. En diciembre de 1892, su yerno Joaquín Casasús, de paso por París en el curso de una misión oficial a Europa, lo encontró muy desmejorado y lo obligó a pedir licencia para enviarlo a pasar el invierno, lejos del frío parisino, a orillas del mar Mediterráneo. Fue en San Remo, precioso pueblito de la Riviera italiana, donde falleció el 13 de febrero de 1893.

Para examinar una obra tan diversa y amplia como la de Altamirano, y frente a un personaje que se propuso ser ante todo un hombre de letras, no procede adoptar la misma actitud que frente a un escritor cuyo propósito principal o único fue el de ser historiador. Por lo tanto nuestro primer esfuerzo consistirá en delimitar cuáles son, entre las producciones del tixtleco, las que pueden considerarse como historiográficas. Se trata de una tarea delicada y tanto más difícil cuanto que la historia impregna como materia constitutiva buena parte de su obra literaria.

En un segundo momento, intentaremos delinear cómo se fue conformando la preocupación de este literato por la historiografía.

Literatura e historia

A la hora de examinar cualquier escrito historiográfico del siglo pasado es necesario apreciar adecuadamente el lugar que, para los hombres cultos de aquella época, ocupaba la historia en el campo de las disciplinas literarias.

Ante todo conviene observar que para los contemporáneos de Altamirano, formados en la frecuentación temprana de los autores latinos, la historia no puede separarse de la literatura si entendemos la palabra “literatura” en su acepción clásica, derivada de la palabra latina “litterae”. Ésta, al designar el conjunto de las letras —de los signos de la escritura—, se enfoca hacia la totalidad de la cultura escrita, lo que los antiguos consideraron digno de ser grabado en la piedra, o en la arcilla de las tabletas, para transmitirlo a las generaciones venideras.¹

La historia es pues para Altamirano una disciplina “literaria”, un

¹ Carlos Herrejón Perredo, *Fundación del Instituto Literario del Estado de México*, p. 70.

conjunto de informaciones significativas entre las cuales el hombre busca mensajes dignos de memoria, testimonios importantes, modelos de comportamiento, enseñanzas útiles que lo orienten para actuar sobre su realidad presente.

El uso decimonónico de la palabra *literario* o *literaria* nos puede fácilmente inducir a confusión hoy, porque su sentido se ha modificado desde el siglo pasado y ha venido a designar, en una forma más especializada, el quehacer del escritor, generalmente del autor de una obra de ficción, englobando en su campo semántico usual la referencia al conjunto de los textos creados de este modo con un fin artístico.

Frecuentemente contrapuesto a lo “científico”, lo “literario” aparece en nuestros días de tecnologías triunfantes como el territorio de la sensibilidad, la imaginación, la fantasía, lo mutable, lo fugaz, lo endeble, y se opone a lo positivo, lo seguro, lo sólido, lo duradero, lo confiable que, se cree, pertenece al campo de la ciencia.

En tiempos de Altamirano no existía todavía este desmerecimiento de lo “literario” frente a “lo científico”. La palabra designaba, como en nuestros días, el quehacer del escritor o del poeta pero no había perdido totalmente este resabio clásico de su sentido latino que ha desaparecido de nuestro vocabulario actual. Por ello la voz “literario” o “literaria” englobaba un campo amplísimo de disciplinas, entonces subsumidas en la noción de historia, mismas que, en nuestros días, se han venido desprendiendo de la mazorca inicial de “las letras” entendidas como compendio transmisible del saber humano.

El percatarnos de este hecho nos ayuda a entender por qué la producción “literaria” de Altamirano, y de otros personajes de su época, fue tan polifacética, ya que el ejercicio de “las letras”, les daba entrada a un campo intelectual que, hoy, no concebimos ya como una unidad.

Distancia histórica y ficción literaria

Si examinamos el quehacer “literario” de Altamirano —usando la palabra en su sentido actual— observaremos que el escritor guerrereño sitúa sus principales novelas en un pasado cercano para los lectores. Tanto *Clemencia* como *El Zarco* se ubican claramente en un pasado próximo, fechado, sea directamente, mediante el uso de alguna notación temporal explícita,² sea indirectamente con la introducción en la trama

² El segundo capítulo de *Clemencia*, titulado “El mes de diciembre de 1863”, empieza así: “Estábamos a fines del año de 1863, año desgraciado en que, como Uds. recordarán...”

de la novela de unos personajes históricos, conocidos por todos —el presidente Juárez por ejemplo en *El Zarco*— que sirven para anclar el relato ficticio en el tiempo histórico, y contribuyen a la mejor credibilidad o ejemplaridad de la fábula literaria.

El problema se plantearía de una manera similar en el caso de *La navidad en las montañas*, novela de intención simbólica, en donde la “datación” histórica se mantiene en la imprecisión hasta el final de la obra, cuando el novelista aclara haber escuchado en la navidad de 1871 la relación que refiere, recogiénola de boca de su personaje central que “había servido en las filas liberales durante la guerra de Reforma”.³ Por ello sabemos que el mundo evocado en aquella emblemática narración pertenece al México de finales de la década de los cincuenta, o sea unos 12 años antes de la publicación de la obra. Inventada o no, esta acotación final manifiesta el propósito del escritor de utilizar deliberadamente el tiempo histórico y de integrar sus tensiones dramáticas en el desarrollo de la trama novelesca.

Esta opinión puede dar pie a controversias, pues hay quien considera las novelas de Altamirano como históricas y aprecia su ubicación en un pasado cercano como el signo de la influencia de una concepción positivista de la historia cuyo método aconseja la prioridad de lo coetáneo sobre lo pasado. Asimismo, lo que podemos interpretar como una tendencia de Altamirano hacia el realismo literario, no incompatible con una trama novelística romántica, ha sido visto por otros estudiosos como un signo del “sometimiento incondicional del escritor al mandato del historiador positivista”. Posición que lo obliga a narrar los hechos, “fielmente”, apegándose a los documentos de que dispone y “privilegiando cuando la hay, la información de primera mano”.⁴

En contra de esta tesis podríamos aducir el testimonio de los contemporáneos de Altamirano que siempre lo consideraron como un novelista de la realidad contemporánea preocupado como estaba por captar y restituir lo mexicano sustentando la trama de sus relatos tanto en las características sociológicas de este universo como en la psicología de sus personajes. De modo que debemos diferenciar a Altamirano de Juan A. Mateos, por ejemplo, quien incluye en el título de su novela *El Cerro de las Campanas* la especificación “novela histórica”, aun cuando ésta se refiera a hechos recientísimos, instalándose resueltamente en el

³ Ignacio M. Altamirano, *La navidad en las montañas*, en *Obras completas*, v. III, p. 152.

⁴ Clementina Díaz y de Ovando, “La visión histórica de Ignacio Manuel Altamirano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, t. 20, núm. 22, 1954, p. 39.

género de la novela histórica. También se distingue el caso de Altamirano del de Vicente de Riva Palacio, quien ubicó generalmente sus novelas⁵ en la época colonial y por ello fue considerado como autor de novelas históricas, aun cuando alguna de sus más famosas creaciones literarias⁶ haya sido rigurosamente contemporánea.

Por otra parte, muchas de las crónicas de Altamirano, literarias o de otra índole, enriquecen su contenido con reminiscencias de hechos pasados o con la introducción de consideraciones eruditas, en muchos casos históricas. Sin embargo, a nuestro parecer, tanto las novelas de Altamirano como sus textos de crítica literaria o artística, aun cuando contengan consideraciones sobre la historia literaria o política de México o de otros países, no deben incluirse entre sus escritos historiográficos porque en ellos la intención de historiar no es la predominante. Y desde luego tampoco les otorga el carácter de novelas históricas el hecho de que hoy las leamos como obras históricas o las consideremos como fuentes para la historia.

Periodismo político, periodismo de opinión e historia

Con base en este criterio de intencionalidad, tampoco tomaríamos en cuenta los escritos suyos enfocados a reseñar acontecimientos relevantes de la época aunque aquellos testimonios tengan hoy en día un incuestionable valor de documento histórico, como sucede con la crónica del viaje inaugural del ferrocarril de México a Puebla en 1869, publicado como “Crónica de la semana” en la revista *El Renacimiento*,⁷ o con algunas de las crónicas teatrales o artísticas de nuestro autor.

Asimismo dejaríamos de lado las reseñas biográficas de algunos de sus contemporáneos, como puede ser la consagrada al músico Melesio Morales o las notas necrológicas relativas al general Juan Mirafuentes o a Joaquín Cardoso. Si bien algunas de ellas se han convertido en valiosos documentos históricos, como por ejemplo la referente al general Jesús González Ortega, personaje altamente controvertido, y tratado con particular saña por la tradición “juarista” predominante en la historiografía oficial, es evidente que la intención de Altamirano, al consagrar a estos coetáneos suyos una breve nota perio-

⁵ José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, en prensa, coedición del Instituto Mora y la Universidad Iberoamericana.

⁶ Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor*, México, 1868.

⁷ Ignacio M. Altamirano, incluida en “Las fiestas de septiembre”, *El Renacimiento*, septiembre de 1869, en *Obras completas*, v. VII, *Crónicas*, p. 398-441.

dística, no fue historiográfica: sólo pretendía rendirles un postrer homenaje de amistad, o estimación.

Al hablar de ellos, aun cuando fuera muy consciente de estar manejando una información que empezaba a tener un valor histórico o pudiera tenerlo en el futuro, Altamirano pretendía ante todo hacer labor periodística; como muchos, se movía en el campo del periodismo de opinión o del periodismo político, pero no tenía el propósito de manejar, con su carga simbólica, heroica o moral, temas que tocasen propiamente la historia. Es decir, este caudal de información memorizado colectivamente por un grupo humano al que se atribuye, también colectivamente, una carga significativa en la conformación de una identidad común o en la búsqueda de distinciones definitorias.

Por eso mismo, en sus “notas necrológicas” o en sus remembranzas de tal o cual episodio histórico: “Los Mártires de Tacubaya”, por ejemplo, Altamirano se preocupa de recabar y transmitir información testimonial, las más veces sus propios recuerdos, como testigo presencial de los hechos evocados o como colega o amigo de las personalidades desaparecidas.

Aunque no ignora el valor limitado de un testimonio particular, Altamirano conoce el impacto afectivo que produce un testimonio directo y, escudado en la veracidad de su memoria, utiliza todos los recursos de su experta pluma narrativa para documentar en sus artículos periodísticos lo que podríamos llamar una historia “en primer nivel”, suerte de reportaje histórico cuyo interés radica precisamente en el deseo de dar su propia versión de los hechos relevantes en los que estuvo implicado o que tuvo la oportunidad de observar de cerca. Tal sería el caso de la evocación de la ceremonia del juramento de la Constitución de 1857 que presencié desde las galerías de la Cámara de Diputados en sus épocas de estudiante de derecho en el Colegio de San Juan de Letrán:

Yo la presencié —dice— y aún me acuerdo como si hubiese pasado ayer.⁸

O el de la batalla de Puebla, el 5 de mayo de 1862, que no presencié en persona pero cuyos combates refiere espléndidamente a partir de los relatos que escuché de boca de los generales Zaragoza y Negrete,⁹ actores relevantes de aquella famosa acción militar.

Pero en tales escritos Altamirano no se autoimpone —como lo hará

⁸ Ignacio M. Altamirano, “La Constitución de 1857”, en *Obras completas*, v. XVIII, *Periodismo político*, p. 205; se trata de un artículo de la serie “Bosquejos”, publicado inicialmente en *El Federalista*, el 6 de febrero de 1871.

⁹ Ignacio M., Altamirano; véase el discurso titulado “El 5 de mayo”, en *Obras completas*, v. I, *Discursos*, p. 123.

en los textos propiamente historiográficos— la norma de imparcialidad científica, ni tampoco experimenta escrúpulos a la hora de dar una apreciación sobre los personajes o hechos evocados, como lo hará en los textos que considera historiográficos, en donde procura usar de una manera meditada la adjetivación o la calificación de actitudes, palabras y acciones.

Es más, en su relación de los combates del sitio de Querétaro en los que participó personalmente, titulada “El 27 de abril en Querétaro”, Altamirano aborda con verdadero método de historiador el complejo problema de la evaluación de las fuentes, pronunciándose a favor del testimonio personal como complemento indispensable de la documentación oficial. Después de referir el título de las obras que tratan del asunto¹⁰ y que le darán la materia de extensas citas, incorporadas a su propio texto, Altamirano aclara que estas obras “sin ser inexactas” dan sólo una visión “diminuta” de lo acontecido, precisamente porque se fundan principalmente en documentos oficiales. Según él, para poder escribir la “verdadera historia”¹¹ del sitio de Querétaro será indispensable completar los documentos oficiales, pues “hay peligro en fiarse siempre” en estos materiales que “muchas veces ni lo dicen todo, ni dicen lo cierto”,¹² son “como un lecho de Procusto” que no admite muchos datos y “alarga o mutila los que no se avienen con el estilo consagrado”.¹³ Por ese motivo le parece necesario recurrir a los “informes personales”; de ahí la importancia que atribuye al relato de Alberto Hans, imperialista, “oficial extranjero”, que escribe con “sinceridad”, “desinterés” y “justicia”. De ahí también la relevancia de su propio testimonio, fundado en su condición de “testigo ocular”, y en “los recuerdos todavía vivos de su excelente memoria”.¹⁴ Méritos incuestionables a sus ojos, que apuntala con el uso de otra fuente de primera mano, el *Diario* de campaña de Miguel Miramón, manuscrito original relativo a las operaciones de Querétaro que —según precisa— obra en su poder.

Para Altamirano, que, como lo vemos, no rechaza ciertos planteamientos de la historia científicista, el periodismo cultural o el periodismo

¹⁰ Acerca del sitio de Querétaro, Altamirano declara haber leído *Querétaro* de Albert Hans, la *Reseña histórica de la formación y operación del cuerpo del Ejército del Norte, durante la Intervención Francesa, sitio de Querétaro...* de Juan de Dios Arias, el *Ensayo histórico del Ejército de Occidente* de José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro, el *Diario de las operaciones militares de Querétaro* de Miguel Miramón. Véase: Ignacio M. Altamirano, *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 259 a 281.

¹¹ Ignacio M. Altamirano, “El 27 de abril en Querétaro”, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 260.

¹² *Ibid.*, p. 260.

¹³ *Ibid.*, p. 261.

¹⁴ *Ibid.*, p. 260 y 261.

de opinión son formas de expresión que integran fácilmente el testimonio particular y por lo mismo abren una amplia vía de acceso a la historia.

Presente y pasado

El caso de la nota necrológica que Altamirano consagró al general González Ortega, el 4 de abril de 1881, en el periódico *La República*, ofrece un buen ejemplo de la dificultad que, para nuestro escritor, representa el trazar una frontera precisa entre lo que es historia y lo que es actualidad, entre presente y pasado.

Si bien es cierto que cada día lo actual bascula dentro de lo pretérito, y que las posibilidades de futuro que preñan cada instante del presente pierden su virtualidad potencial al pasar al territorio de lo acontecido, también es cierto que, para que reconozcamos algo como historia, es indispensable que un determinado lapso de tiempo nos aísle de los hechos vividos y permita el desprendimiento emocional inseparable del análisis y del juicio histórico. Estas consideraciones, que podrían parecer perogrulladas, toman pertinencia al tratar del quehacer histórico de Ignacio Manuel Altamirano porque él mismo, y de manera contradictoria, se refiere a esta problemática.

En su *Revista histórica y política (1821-1882)*, Altamirano, que escribe diez años después del fallecimiento de Juárez, insistirá en la “imposibilidad de formar todavía” “con absoluta imparcialidad y sereno criterio”¹⁵ un juicio sobre un personaje como don Benito, porque —dice— “no es tiempo todavía que la historia lo juzgue bien, haciendo resplandecer la luz de un fallo acertado al través de tantas nubes y tan encontradas corrientes” y porque —añade con excelente criterio— “el juicio sobre Juárez se liga con el juicio sobre su tiempo y sobre sus contemporáneos”.¹⁶

Empero, en este mismo texto, no vacilará un instante en evocar los últimos acontecimientos políticos y económicos de la presidencia del general Manuel González y en jalar el relato histórico hasta la más inmediata actualidad, ya que declara terminar su labor “al concluir el año de 1882”.¹⁷ Es decir, unos meses apenas antes de que salga a la luz pública, en 1883, su *Revista histórica y política*, incluida como pieza maestra en el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental*, suerte de noticia informativa publicada por Manuel Caballero en Nueva York

¹⁵ Ignacio M. Altamirano, *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 106 y 107.

¹⁶ *Ibid.*, p. 107.

¹⁷ *Ibid.*, p. 127.

y destinada a circular entre importantes personajes de la política y los negocios estadounidenses para actualizar la percepción de la nación mexicana en el vecino país del norte.

Vemos por lo tanto que, para Altamirano, a pesar de sus declaraciones explícitas, la frontera entre pasado y presente no es tan tajante y que historia y política se abrazan estrechamente. ¿Por qué, entonces, empeñarnos en excluir algunos de sus escritos políticos del acervo de sus textos propiamente historiográficos?, ¿y, específicamente, el que se refiere a Jesús González Ortega? Para responder a esta pregunta vamos a seguir los propios textos de Altamirano y observar las diferencias formales —acaso— pero a nuestro parecer esenciales que distinguen este tipo de escritos de los propiamente historiográficos.

Respecto a González Ortega, caracterizado por Altamirano como “el vencedor de Calpulalpan y de Jalatlaco”, nuestro literato también aporta un testimonio personal, por cierto no desprovisto de valoraciones. Al hacerlo, obra como un periodista —culto y bien informado— que se refiere a su propia historia, a su memoria personal, no a un tiempo pretérito, a un tiempo heredado. Ambos, Altamirano y González Ortega, habían vivido los mismos acontecimientos —entre otras cosas habían sido compañeros de banca en el Congreso de la Nación en 1861— y pertenecían al mismo “tiempo”, aunque no exactamente al mismo “mundo”.

No puede sostenerse razonablemente, me parece, que Altamirano haya considerado a Jesús González Ortega como a un personaje histórico, por lo menos si tomamos este término en su acepción más común de figura que pertenece al pasado. Para Altamirano o cualquier mexicano de su generación, personalidades históricas eran el cura Hidalgo, a quien nuestro tixtleco consagró una biografía, o el historiador Clavijero que Altamirano recupera al calificarlo de “nuestro”; figuras suficientemente alejadas en el pasado para beneficiarse del estatuto “histórico”. Por lo contrario, Jesús González Ortega, mayor que Altamirano por doce años, no fue para él un ser pretérito, aun tomando en cuenta la locura del general zacatecano que lo separó prematuramente del mundo de los vivos. González Ortega, el general Mirafuentes, Joaquín Cardoso —beneficiarios todos de alguna “nota necrológica” de Altamirano— fueron, cada quien a su manera, compañeros de Altamirano, más o menos cercanos, más o menos accesibles, pero sus coetáneos al fin.

El propósito de historiar

Ahora bien, si adoptamos este criterio temporal para distinguir lo histórico de lo político y eliminamos en consecuencia a los contempo-

ráneos inmediatos de Altamirano, nos veremos obligados a eliminar a Ignacio Ramírez quien, reverenciado como un modelo intelectual y querido durante toda la vida, recibió de su alumno guerrerense el homenaje imperecedero de una espléndida biografía, iniciada todavía en vida de Ramírez y finalmente publicada en 1889, diez años después del fallecimiento del biografiado.

Aparentemente similar a los anteriores, este caso es un poco distinto, porque al emprender, en vida misma del interesado, un relato de su existencia, Altamirano hacía patente el interés que —a sus ojos— merecía este personaje fuera de lo común, transformándolo en una personalidad ejemplar, en una expresión quintaesenciada de las luchas de una época y por ello digna de ser elevado a la calidad de símbolo “literario” en el sentido clásico de la palabra. En una palabra, quizás siguiendo el ejemplo de Carlyle, hacía de él “un héroe”.¹⁸

Por lo tanto, otra observación que convendría asentar al hablar de Altamirano historiador sería relativa no sólo a la temática propiamente historiográfica o no de los escritos considerados, sino a la actitud mental que adopta al escribir, a sus propósitos básicos, a cierta gravedad que, independientemente de un enfoque “científico”, puede o no animarlo a la hora de enfrentarse al acto narrativo.

Para Altamirano, al acto de hacer historia se asocia cierta voluntad de trascendencia, el propósito de desafiar, tanto como sea posible, lo perecedero de las cosas humanas, de abolir el olvido. Este fin exige una rigurosa selección de los hechos que se van a transmitir y la manifestación evidente de su valor ejemplar. En semejante concepción del quehacer “histórico-literario” perdura la esencia de un sentir clásico, traspuesta al mundo prolijo de la letra impresa. Pero también apunta una preocupación científica por la calidad de los materiales utilizados por el historiador, la voluntad de “establecer” los hechos que merezcan el calificativo de históricos, el propósito de alcanzar “la verdad” que funda el derecho a rebatir lo dicho por otros historiadores, a valorar los acontecimientos y a juzgar los personajes pretéritos. Actividad que parecía natural al jurisconsulto que fue Altamirano, y que implicaba, a su parecer, la responsabilidad intelectual y moral del hombre de saber.¹⁹

¹⁸ Acerca de I. Ramírez, Altamirano escribió: “creo, prescindiendo ya de afectos personales, que es un deber para todo mexicano patriota y especialmente para los que profesamos el culto de la libertad y para los que cultivamos las letras, el dar a conocer a la posteridad al varón insigne a cuyo genio y a cuyos trabajos deben tanto la República, la libertad y la Reforma, y al profundo pensador a quien las ciencias y las bellas letras mexicanas deben también una de sus glorias más brillantes y más puras”, *Biografía de Ignacio Ramírez*, en *Obras completas*, v. XIII, *Escritos de literatura y arte*, p. 102.

¹⁹ En un artículo consagrado a la conmemoración del 16 de septiembre, publicado

Los textos historiográficos de Ignacio Manuel Altamirano

Con base en estos elementos de análisis, ¿cuáles son los textos de Altamirano que podemos considerar como “propiamente” historiográficos?

En primer lugar su gran lección de historia nacional publicada bajo el título de *Revista histórica y política (1821-1882)* —¿acaso como un homenaje a la *Revista política* del doctor José María Luis Mora?— en el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de México*, editado en Nueva York por Manuel Caballero, en 1883, y que ya hemos mencionado.

En segundo lugar los tres textos que Altamirano consagrará a la evocación de la figura de Morelos entre 1880 y 1886.

En tercer lugar las biografías, la de Miguel Hidalgo (1884), la de Ignacio Ramírez a la que nos hemos referido, finalmente publicada en 1889, y el breve ensayo sobre *Cuauhtémoc* publicado en 1887 que, conducido por una reflexión sobre la épica, se encuentra en los linderos de la historia y de la literatura.

No es muy seguro que deban entrar en este listado algunos artículos literarios de índole histórica, mucho más breves, como son los *Apuntes biográficos* sobre Vidal Alcocer o sobre Manuel López Cotilla, publicados en 1869 en *El Renacimiento* sin ninguna indicación relativa a las fuentes de donde proceden. Asimismo ocupan la frontera entre el alarde erudito y la historiografía algunos esbozos monográficos que atestiguan el gusto de Altamirano por las curiosidades históricas, como los titulados: *La medalla de Hernán Cortés* o *Escribas y fariseos*. Y de la misma manera responden a una preocupación de difusión cultural de alto nivel y no a un propósito historiográfico las reseñas bibliográficas que Altamirano consagró a importantes colecciones de documentos históricos aparecidas en su época como: la reedición de la *Biblioteca*

en *El Diario del Hogar*, el 16 de septiembre de 1882 Altamirano escribía: “el hecho histórico comienza por ser el dominio del mundo contemporáneo y acaba por ser solamente el oscuro patrimonio del estudioso y del anticuario... Para impedir, pues aquel funesto olvido de que acabamos de hablar y para que la fiesta patria no degenera en vana diversión popular nuestros padres quisieron que ante todo se levantase una tribuna cívica en medio de la muchedumbre y que en ella un hombre instruido en las cosas del pasado... narrase ante la multitud silenciosa la historia siempre renovada del origen de nuestra independencia, ...evocando la augusta sombra de los padres de la patria, como los númenes tutelares de la soberanía nacional.

En estos últimos años ha podido observarse de parte de algunos escritores, bien pocos por fortuna, algo como una tentativa de atacar esta costumbre, hablando con cierto airecillo de burla de los discursos del 16 de septiembre.

En nuestro concepto, tal tentativa es muy poco patriótica y los epigramas están mal colocados”. Véase *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 303 y 304.

Hispanoamericana Septentrional de José Mariano Beristáin y Souza,²⁰ emprendida en Amecameca por el presbítero Fortino Hipólito Vera, colega de Altamirano en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, o la *Colección de Documentos para la Historia de la Independencia de México* desde 1808 a 1821²¹ de Juan Hernández y Dávalos —otro socio de esta misma sociedad— cuya publicación fue cálidamente elogiada por Altamirano con el fin de alentar al compilador y a sus editores a no desistir de su empresa.

La decisión de historiar y su momento

Como se ha indicado ya, la producción propiamente historiográfica de Altamirano es tardía; es una producción de madurez en la que confluyen las lecciones de múltiples experiencias y reflexiones:

la experiencia expositiva y analítica adquirida a lo largo de años de práctica docente con alumnos de muy variado nivel, tanto en la enseñanza de la historia como de otras disciplinas.

una reflexión prolongada sobre las necesidades culturales del país, tanto desde el punto de vista del fomento de la producción del saber como de su difusión.

una reflexión política sobre el sentido y la función de la historia, nutrida en su caso, como en el de muchos de sus contemporáneos cultos, por la sucesión de acontecimientos encontrados que caracterizaron la agitada época en que les tocó vivir.

Al igual que otros hombres de su tiempo, Altamirano procuró obsesivamente impulsar la actividad científica en el seno de las sociedades existentes en el país o buscó esparcir los conocimientos útiles por el conducto de las páginas culturales de los periódicos capitalinos en los que colaboró activamente.

En los años en que escribe sus textos historiográficos, después de haber participado con un republicanismo sin falla en muchos acontecimientos civiles y militares decisivos de la vida de su país, Altamirano es un hombre desencantado de la política, que conoce las debilidades humanas ante la ambición del poder y la vanidad, pero que conserva la

²⁰ Publicada en *La República* el 21 de octubre de 1883, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 317-320.

²¹ Publicada en *La República* el 9 de marzo de 1884, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 321-323.

fe en la perfectibilidad de las sociedades humanas y por ello tiene interés en transmitir a las generaciones futuras una explicación de los cambios sociales y políticos que vivió y en ocasiones propició.

Es un intelectual que considera como un reto propio la comprensión de los procesos históricos y que, consciente de la heterogeneidad de la sociedad en la cual desea influir, se preocupa por hallar las vías más adecuadas para difundir las ideas que le parecen provechosas.

Este hombre, dotado de prestigio literario y autoridad moral, aborda la reflexión histórica como una actividad grave que implica a sus ojos una responsabilidad social y que abre el acceso —él lo sabe— a una forma de poder.

Los textos historiográficos de Altamirano, mensajes emitidos en el último tramo de su vida, obedecen a dos preocupaciones esenciales:

Establecer la sucesión de los acontecimientos que desde la guerra de Independencia fueron conformando la nación mexicana en la que ahora vive y luchar contra el olvido que desvanece las acciones pasadas y trastoca su sentido. En particular Altamirano se preocupó por defender la obra de la generación de la Reforma, olvidada por muchos y subestimada por los jóvenes intelectuales formados en las verdades metodológicas del positivismo pero desconocedores del pasado de su propio país.

Aportar su versión de la *historia nacional*, concebida como una lucha entre “la democracia y la oligarquía”²² y como una difícil conquista de las libertades cuya obtención fue la meta de sus mejores protagonistas. Ello con el fin de enseñar al pueblo mexicano a conocer su herencia y a reverenciar a sus héroes patrios.²³

Paradójicamente, aunque Altamirano haya cultivado la exaltación de las grandes figuras heroicas, no concibe la historia como una suma de destinos individuales sino como un enfrentamiento de grupos sociales que persiguen intereses colectivos divergentes. En este sentido, el historiador guerrerense Moisés Ochoa Campos ha podido justamente subrayar la modernidad del enfoque analítico de su compatriota quien, apartándose de los relatos pormenorizados de un sinfín de acontecimientos no jerarquizados, tan propios de las historias decimonónicas, se adelantó notablemente a la mayoría de los historiadores de su época.

²² Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 48.

²³ Ignacio M. Altamirano, *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 215.

Sin embargo sería una exageración considerar por ello a Altamirano como un historiador marxista, pues, si bien recurre con frecuencia a la noción de clase social²⁴ y concibe la historia como el producto del enfrentamiento de las mismas,²⁵ no deja de conceder una importancia determinante a la acción personal de los individuos que conducen la historia e insiste en la importancia de sus actitudes psicológicas, poniendo de relieve su específico humanismo y en muchos casos su dimensión heroica.

Quizás porque Altamirano había llevado a cabo una actividad literaria exitosa, reconocida por un amplio público lector que celebraba sus obras o en ocasiones reclamaba en su contra, no le fue difícil, en los años ochenta, concebir la historia como un material colectivo. Por ello atribuyó al acto de historiar una responsabilidad que rebasa al individuo autor del trabajo historiográfico, dándole una relevancia que atañe a la colectividad humana destinada a reconocerse en una recopilación específica de hechos pasados. De allí que, a sus ojos, la historia deba responder a las preguntas que estas colectividades humanas se plantean sobre sí mismas y tenga por función principal la de explicar su presente. Así, el propósito de la *Revista histórica* es abiertamente el de:

explicar el retardo que sufrió nuestra patria por espacio de medio siglo, en la vía del progreso material y moral.²⁶

Un planteamiento similar al de muchos historiadores actuales, que da una resonancia de modernidad a unas páginas redactadas hace más de cien años.

Las múltiples vías del trabajo historiográfico de Altamirano

Cronológicamente, la *Revista histórica y política (1821-1882)* no es el primer texto que Altamirano consagra a algún tema de historiografía mexicana. Antes de escribir este trabajo esencial, había publicado uno de los tres “cuadros” —la palabra no es indiferente— que dedicaría a José María Morelos y que constituyen sin duda la parte “sureña” de un proyecto biográfico de mayor amplitud, jamás llevado a término.

Recaltar este dato cronológico es pertinente porque nos obliga a

²⁴ Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 32, 37, 43, 57, 64.

²⁵ *Ibid.*, p. 48 y 76.

²⁶ Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 20.

registrar en la obra de Altamirano el desarrollo paralelo de varios modos de historiar.

Los “cuadros históricos”

El texto intitulado *Morelos en Zacatula* fue publicado en ocasión de las fiestas patrias de 1880 en el periódico *La República*, del que Altamirano era entonces director. Se centra en un episodio inicial de la gesta de Morelos, cuando éste, atendiendo las instrucciones de Hidalgo, se dirige hacia la costa del Pacífico para apoderarse de Acapulco y abrir un nuevo frente militar en el que deban luchar las fuerzas realistas. El momento que quiere revivir Altamirano es el instante en que este “viajante misterioso”²⁷ accede a la dimensión heroica manifestando, en un modesto poblado alejado del mundo y de las intrigas políticas, el poder de su prédica libertadora, sus dotes de agitador político y sus aptitudes de organizador militar.

El relato, construido con gran maestría literaria, parece inspirado en una frase del historiador Lucas Alamán:

éste fue el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en la Nueva España.²⁸

Altamirano la cita a modo de conclusión de su propio texto con una habilidad no desprovista de sorna, pues es conocida la hostilidad que profesaba el historiador conservador contra los líderes del movimiento popular independentista. Al citarlo para recuperar su dicho en una aparente convergencia de juicios, pero con el fin de demostrar exactamente lo contrario de lo que Alamán pensaba, Altamirano transforma en campo de batalla lo escrito por otro historiador, revierte la opinión de su contrincante y le hace decir lo contrario de lo que pretendía asentar. Apoderarse de este modo de un instante de ecuanimidad del adversario es una táctica de abogado penalista en lo más acerado de su alegato, o de guerrillero. Equivale, aplicando el símil a los textos históricos, a usar en la siguiente acción contra el enemigo las municiones habidas como botín de guerra en un enfrentamiento anterior y en consecuencia matarlo con sus propias armas.

Éste es un proceder que Altamirano empleará en otras ocasiones: en su biografía de Miguel Hidalgo, o en su texto sobre Cuauhtémoc,

²⁷ Ignacio M. Altamirano, *Morelos en Zacatula*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 134.

²⁸ *Ibid.*, p. 145.

haciendo de la historia un terreno de enfrentamiento entre escritores, o eruditos, y recurriendo a todas las posibilidades ofensivas para descalificar a sus contrincantes. Tal será la suerte que correrá Lucás Alamán, objeto de la ira altamiraniana en repetidas ocasiones, a quien se le denegará la calidad de historiador por ser “violento e injusto”, “y el más apasionado enemigo de la Independencia”.²⁹ Por el contrario, Manuel Orozco y Berra, merecedor de halagadoras apreciaciones, se verá calificado como “el más instruido de nuestros historiadores”³⁰ y “como el escritor más escrupuloso en materia de aseveraciones”, siendo solicitado en varias ocasiones para proveer largas citas. Altamirano las insertará hábilmente en su propio texto eximiéndose de este modo de tratar algún episodio importante, o rebatiendo los desvaríos de otros historiadores previamente sometidos a un juicio crítico.

El texto *Morelos en Zacatula*, posteriormente completado por otras dos evocaciones del famoso insurgente y sus partidarios, *Morelos en El Veladero* y *Morelos en Tixtla*,³¹ goza de una total autonomía y constituye como lo precisa Altamirano un “cuadro” en el que resplandece el talento de paisajista de nuestro escritor. En él se enfatiza, a semejanza de lo que sucede en la obra de algunos historiadores franceses, Michelet por ejemplo, y posteriormente Hipólito Taine, la estrecha relación entre el hombre y su entorno natural, de acuerdo con una sensibilidad impregnada de romanticismo. Este énfasis en el entorno natural que soporta al personaje mediante la perennidad aparente de la naturaleza tropical, ancla al héroe en una realidad nacional, extraordinariamente actualizada.

La evocación, sin duda elaborada con base en los recuerdos que tenía Altamirano de sus propios viajes por aquella alejada región, al subrayar la “sensibilidad” ante el majestuoso espectáculo de la naturaleza, viene a ser una suerte de caracterización cultural de la época —pre-romántica— en la que se iniciaron las luchas de la guerra de Independencia. Nuestro escritor parece entonces querer igualar, en la frontera entre literatura e historia, la novela de Chateaubriand, *Atala*, publicada en 1801, y señalada como un hito en la percepción romántica del mundo americano.

¿Qué tanto están subyaciendo en el *Morelos en Zacatula* los conocimientos que tenía Altamirano de la pintura europea? ¿Qué tanto

²⁹ Ignacio M. Altamirano, *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 218.

³⁰ *Ibid.*, p. 234.

³¹ El primero se publicó en *La República* en septiembre y octubre de 1883, el segundo salió a luz por primera vez en noviembre-diciembre de 1886 en la revista *El Liceo Mexicano*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 147 a 178 y p. 179 a 211.

constituyen un trasfondo anunciador de este trabajo los artículos de crítica artística consagrados, bajo el título de *El Salón en 1879-1880*, a la exposición anual de la Academia de San Carlos³² en los primeros meses de 1880? En ellos Altamirano había defendido con ahínco los méritos de la escultura y la pintura históricas, aún poco practicadas en México, asociando la historia con los problemas de información del pintor con su intención comunicativa y con el cuestionamiento de los valores que suelen transmitir explícita o solapadamente las obras de carácter plástico.

¿Qué tanto pueden haber suscitado o precipitado el proceso de maduración que culminaría en este “cuadro” las extensas consideraciones reservadas a la composición histórica llamada: *El cura Hidalgo en el Monte de las Cruces, arengando a sus tropas momentos antes de la batalla*,³³ que presentó el pintor Luis Coto en esta exposición?

¿Qué tanto, en los sucesivos “cuadros” de *Morelos en El Veladero* y *Morelos en Tixtla*, podremos ver alguna reminiscencia de las grandes composiciones históricas de un David, de un Delacroix, de un Gericault, de un Courbet, luminarias de la expresión pictórica de traza histórica en Europa?

¿Qué tanto pueden haber influenciado a Altamirano las propuestas de Hipólito Taine, quien concebía la inteligencia como una facultad maestra del hombre, dominada por los tres factores de la raza, del momento y del medio ambiente circundante?

Como Justo Sierra que, por sistema, utilizaba sus lecturas francesas al escribir sus artículos literarios y culturales en la prensa mexicana, y como la mayor parte de los intelectuales cultos del momento, Altamirano era ávido lector de los libros y de las revistas culturales franceses que en abundancia llegaban a México y no tiene nada de improbable que el tríptico de “cuadros” consagrados a Morelos haya formado parte de un proyecto de biografía más ambicioso, influenciado por las ideas de Taine. Este profesor de la Sorbona, constantemente preocupado por la historia del arte y de la literatura, había empezado a publicar en 1875 su obra monumental: *Les origines de la France contemporaine*, dedicada al estudio de las causas de las dificultades políticas y militares que su país acababa de atravesar. Las reseñas o los artículos de crítica relativos a esta obra, si no es que su propio texto, fueron conocidos en México al menos en el círculo selecto del público culto.

¿Es posible que semejantes estudios hayan impulsado a Altamira-

³² Ignacio M. Altamirano, *El Salón en 1879-1880*, en *Obras completas*, v. XIV, *Escritos de literatura y arte*, p. 113.

³³ *Ibid.*, p. 136.

no a escribir sobre la historia reciente de su propio país? O bien, ¿lo inclinaría a este ejercicio la ignorancia que parecían demostrar, sobre una época tan esencial, los jóvenes intelectuales con quienes había intercambiado puyas en la ardiente polémica nacida en torno a la selección de *La lógica de Tiberghien* como libro de texto en la Escuela Nacional Preparatoria? Querella aparentemente escolástica pero que había desembocado en un cuestionamiento generacional y suscitado una apasionada defensa por parte de Altamirano de lo que él llamaba “la verdad histórica”³⁴ y su vindicación airada de los méritos de “la vieja guardia de los tres años” que sus opositores calificaban como una “masa física anatemizada por la juventud pensadora de hoy”.³⁵

¿Hay que ver en la modalidad de historiar que Altamirano va a desarrollar en el *Almanaque* de Manuel Caballero una respuesta a aque-llas interpelaciones apasionadas?

La Revista histórica y política

La Revista histórica y política (1821-1882), publicada como ya se ha indicado en 1883, estaba destinada a difundir un mejor conocimiento de México en los Estados Unidos y pretendía presentar una visión panorámica pero penetrante de su historia, considerando de interés solamente la parte correspondiente a su vida independiente. Este texto no se editó en México antes de 1947, fecha en la que Martín Luis Guzmán lo incluyó en su colección “El liberalismo mexicano en pensa-miento y en acción”, dándole el título de *Historia y política de México*.

Al leer la *Revista* se percibe claramente que dicho texto no fue concebido sólo para leerse en el extranjero, ya que pone en escena a 239 personajes mexicanos diferentes, todos designados por su nombre, sin contar a los españoles, norteamericanos, ingleses y franceses que tuvie-ron alguna injerencia en la historia nacional. A decir verdad no sería sorprendente que cualquier lector norteamericano se perdiera ante un fresco tan tupido y el rumor de apellidos tan exóticos para sus oídos.

Se trata de un escrito compacto que alterna las partes expositivas, dedicadas a presentar hechos y actores, con los párrafos analíticos des-tinados a poner en evidencia los procesos relevantes que articulan la exposición.

³⁴ Ignacio M. Altamirano, “Correo: defensa de la Reforma”, en *Obras Completas*, v. XIX, *Periodismo político*, p. 201.

³⁵ Ignacio M., Altamirano, “Correo: un artículo de La Libertad”, publicado en *La República* el 9 de octubre de 1880, en *Obras completas*, v. XIX, *Periodismo político*, p. 212.

Es una historia centrada en el marco mexicano, aplicada a la génesis de la nación, voluntariamente alejada de preocupaciones teorizantes.

Pertenece a una manera de historiar radicalmente distinta de la que ilustran los “cuadros” consagrados a Morelos. Es una historia nada “impresionista”, llena de hechos, ceñida al propósito de delinear una trayectoria explicativa, que Altamirano parece retomar de José María Luis Mora, este precursor mexicano de la sociología.

El texto reconoce como su objetivo principal el de “explicar” el retardo que sufrió México en el proceso modernizador iniciado con la Independencia.

El autor apuntala su análisis con una periodización clara e identifica a los actores sociales que conducen los diferentes procesos considerados. El primer periodo va de 1821 a 1853, y coloca “el grito redentor de Ayutla” como un parteaguas entre las dos primeras vertientes de la historia nacional; el segundo periodo se extiende de 1854 a 1867, momento señalado como “el término de los esfuerzos sangrientos del partido conservador por dominar el elemento popular en el terreno de la guerra”;³⁶ por fin se considera un tercer periodo, de 1868 al final del año de 1882, que engloba la más cercana actualidad, a la que se califica como el momento en que “la paz y el progreso material animan a los pueblos con sus esperanzas y beneficios”.³⁷

Sin disminuir la importancia de los acontecimientos militares que caracterizan el desempeño político de México a lo largo de su historia nacional, Altamirano se detiene en el análisis del marco institucional en el que se desarrollan los acontecimientos narrados. Indica sistemáticamente las circunstancias legales —o no— en las que los diferentes jefes de gobierno acceden al poder y menciona en alguna ocasión las principales características del sistema electoral en vigor,³⁸ precisando además la composición de los gabinetes ministeriales que los sucesivos jefes de Estado van constituyendo. A estas grandes personalidades, se consagran elaborados “retratos”, generalmente breves, según la mejor tradición de la historia clásica, pero los párrafos analíticos que ordenan el relato subrayan el carácter colectivo de los procesos examinados.

Altamirano subraya que la consumación de la Independencia fue un episodio de tipo político que no resolvió ninguno de los problemas sociales que apremiaban al país y, recurriendo al concepto de clase

³⁶ Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política en Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 90.

³⁷ *Ibid.*, p. 127.

³⁸ *Ibid.*, p. 63.

social que había utilizado José María Luis Mora, viene a ser, según Martín Luis Guzmán, el primero en caracterizar la guerra de Independencia como una "lucha" que llegó "más allá de los límites que quisieron imponerle sus iniciadores".³⁹

Notable por su claridad, el análisis de los aspectos esenciales de las constituciones de 1824 y de 1857 revela las capacidades de Altamirano como jurisconsulto y su pericia en cuestiones constitucionales, ambas fruto de su larga participación en la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Rico en formulaciones felices, por ejemplo la que designa al general Antonio López de Santa Anna como un "proteo político",⁴⁰ el texto presenta, según lo manifestó Martín Luis Guzmán, "una definición de todos los anhelos que el partido liberal alimentó a lo largo de casi todo el siglo XIX".⁴¹ Podría por lo tanto ubicarse como una historia partidista, de acuerdo con una calificación propuesta frecuentemente para caracterizar los trabajos históricos del siglo pasado. Sin embargo, la preocupación esencial de Altamirano no es la de justificar los actos de gobierno de un grupo de poder en el que hubiera figurado, como fue el caso, por lo menos en algunos de sus opúsculos, de Manuel Payno por ejemplo.

Desde el parapeto de su liberalismo, concebido como postulado filosófico más que como suma de los intereses de partido, Altamirano aprovecha la circunstancia para denunciar los errores y abusos cometidos por los personajes o grupos a los que se opone: el general Anastasia Bustamante, por ejemplo, calificado de "sanguinario maniquí"⁴² de Lucas Alamán, y responsable entre otros atropellos de la ejecución de Vicente Guerrero —episodio que Altamirano relata detalladamente.⁴³ O el general Antonio López de Santa Anna, que "por desgracia" se mezcló "en todos los acontecimientos de la historia de México desde 1821 a 1855" y cuya "desatentada ambición" mantuvo en una "agitación constante a su país durante mucho tiempo, llenándolo de sangre, cegando las fuentes de su riqueza, paralizando sus fuerzas".⁴⁴

Sin embargo, la polémica está ausente en la Revista histórica y

³⁹ Martín Luis Guzmán, Prólogo a *Historia y política de México* de Ignacio M. Altamirano no, p. 9.

⁴⁰ Ignacio M. Altamirano, Revista de historia y política, en *Obras completas*, v. n, Obras históricas, p. 54.

⁴¹ Martín Luis Guzmán, Prólogo a *Historia y política de México* de Ignacio M. Altamirano, p. 9.

⁴² Ignacio M. Altamirano, Revista histórica y política, en *Obras completas*, v. n, Obras históricas, p. 33.

política; ni siquiera cuando se refiere a Lucas Alamán, mencionado como “un hombre de grandes talentos y de vasta instrucción” aunque “enemigo jurado de la independencia americana y del sistema republicano”⁴⁵ y como el “jefe autorizado del partido conservador”.⁴⁶ En un intento de imparcialidad histórica Altamirano se esfuerza en caracterizar mesuradamente a este personaje que detesta ubicándolo sin poder contener totalmente su inquina como “un escritor muy conocido en Europa por su apasionada *Historia de la Independencia de México*”,⁴⁷ o como un “publicista laborioso, de una perseverancia que nada podía desconcertar” y como un profundo conocedor de los hombres de México ducho en “encontrar su lado vulnerable para atraerlos o combatirlos”.

En cuanto a su actitud respecto del grupo progresista, hacia el que van todas sus simpatías ideológicas, es preciso subrayar la independencia de opinión de Altamirano. Sus juicios se separan en varios puntos de los generalmente aceptados por los historiógrafos de obediencia liberal. En primer lugar, respecto de Benito Juárez, quien lejos de ser objeto de un culto irrestricto recibe serias críticas por su apego al poder presidencial y sus manipuleos electorales; en segundo lugar, respecto del general González Ortega, elogiado por su valor militar, y beneficiario de cierta benevolencia cuando se evoca su actuación política; en tercer lugar, respecto de José María Iglesias, objeto de una tolerancia benigna, sin contar los elogios a Porfirio Díaz y al general Manuel González por la “amplia política” de reconciliación que siguieron al integrar en sus respectivos gabinetes a ex juaristas, ex lerdistas y ex iglesistas con el afán de cimentar la unión entre los diferentes grupos que sucesivamente se habían desgajado del “gran partido liberal”. Esta actitud un tanto ecléctica nos permitiría matizar la calificación de historia “partidista” que se podría aplicar a los escritos historiográficos de Altamirano y pensar en su “liberalismo” como una aspiración ideológica o filosófica más que como una participación interesada en la defensa de un grupo de individuos políticos.

En contradicción con las obras de los historiadores que fueron sus contemporáneos y escribieron elogiosas biografías de Benito Juárez, desde Gustavo A. Baz en 1874 hasta Porfirio Parra o Rafael de Zayas Enríquez en 1906 y, obviamente, Justo Sierra, Altamirano evocará al prócer oaxaqueño de una manera crítica, sobre todo cuando se refiere a su gobierno durante la República Restaurada, periodo en el que recalca la inestabilidad imperante en el país y la incapacidad de Juárez

⁴⁵ *Ibid.*, p. 32-33.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 46.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 33.

para remediarla.⁴⁸ La semblanza de este personaje, que ocupa cuatro páginas,⁴⁹ es una obra maestra de ambigüedad —o la confesión de una impotencia para decidirse por un juicio definitivo— en la que la severidad acaba sobreponiéndose a una ecuanimidad forzada, y contradice estridentemente la historiografía oficial a la que estamos hoy acostumbrados.

Entre las penetrantes observaciones que expresa Altamirano en su *Revista histórica y política* algunas figurarían con propiedad en lo que hoy llamamos historia social, como las que subrayan el carácter civil de los jefes revolucionarios de la revolución de Ayutla⁵⁰ y el origen social popular de los jefes militares liberales surgidos durante la guerra de Reforma.⁵¹ Asimismo resulta sumamente actual la afirmación según la cual los intelectuales liberales como Francisco Zarco o Ignacio Ramírez representaban una “filosofía social moderna” en oposición con “los principios retrógrados de la antigua monarquía” o las “meticulosas máximas” del partido moderado.⁵²

En fin, también nos parece digna de mención la discreción de Altamirano al evocar con el más riguroso anonimato la importancia estratégica de los combates antiimperialistas en los que participó personalmente en el sitio de Querétaro.⁵³

Aunque su autor no precise las fuentes en que se sustenta su *Revista histórica y política*, es claro que su trabajo integra la síntesis de muy diversas lecturas. Su escrito aspira a presentar una historia sin retórica, apegada a los hechos. En él se concibe la historia nacional de México como una larga marcha hacia el triunfo del progreso y de la modernidad. En esta medida se trata de una historia de corte científica con algunos visos positivistas, que responde a las orientaciones intelectuales predominantes del momento. Sin embargo, también manifiesta un individualismo intelectual, una autonomía de apreciación, poco acorde con el dogmatismo explicativo que despuntaba ya en los artículos firmados por los seguidores de este credo filosófico durante la década de los ochenta del pasado siglo.

Aunque asegura Daniel Shávelzon,⁵⁴ sin mencionar sus fuentes, que el *Almanaque* de Manuel Caballero fue distribuido en México en los

⁴⁸ Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 99 y 104.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 106 a 111.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 54.

⁵¹ *Ibid.*, p. 69.

⁵² *Ibid.*, p. 59.

⁵³ *Ibid.*, p. 84-87.

⁵⁴ Daniel Shávelzon, *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, p. 33.

años de 1883-1884, quedan por descubrir los motivos que hicieron que el texto de Altamirano, repaso compendiado, claridoso y didáctico de la historia nacional, no se publicara luego en México, en donde, de acuerdo con numerosos testimonios, mucha falta hacían por aquellas fechas los manuales destinados a la enseñanza de la historia. En efecto, sólo se contaba con catecismos cívicos sumarios o tediosas “cronologías” entre los que sobresalían *El catecismo elemental de la historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX* de José María Roa Bárcena, obra dada a la luz pública por primera vez en 1858 con un enfoque marcadamente conservador, y el *Compendio de historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana compuesto por Manuel Payno*, de publicación más reciente (1871), que también había adoptado la forma, entonces considerada pedagógica, de un cuestionario con sus respuestas.

El texto de Altamirano, por el contrario, era un relato estructurado, demostrativo, que presentaba en cada una de sus tres divisiones unos párrafos destinados a poner de relieve las características esenciales del subperiodo estudiado; empero, su publicación en México no parece haberse considerado siquiera como una posibilidad.

Las biografías

Agruparemos en este apartado tres trabajos que cuentan todos entre las últimas producciones historiográficas de Altamirano: la *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, leída en el Liceo Hidalgo en 1884 y publicada en la revista *El Liceo Mexicano* del 15 de septiembre de 1890, la *Biografía de Ignacio Ramírez* publicada con una importante recopilación de obras de este escritor en 1889 por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, así como el breve estudio biográfico sobre el héroe indígena de la resistencia de Tenochtitlan ante Cortés, que Altamirano entregó como prólogo del gran poema épico titulado *Cuauhtémoc*, obra que el poeta Eduardo Valle publicó en 1886 al tiempo que se inauguraba en la ciudad de México la estatua del príncipe azteca realizada por el escultor Noriega y situada todavía hoy en el cruce del Paseo de la Reforma con la avenida Insurgentes.

Las tres obras ponen de manifiesto una fusión entre los modos de historiar ensayados anteriormente por Altamirano. Todas ellas se fundan en documentos relativos a aquellos personajes: papeles de la causa que fue seguida contra Hidalgo por el Tribunal de la Santa Inquisición, o en la lectura crítica de fuentes primarias: las *Cartas de relación* de Cortés, los escritos de Bernal Díaz, Andrés Tapia, Motolinía, Sahagún,

Gómara, o en aportaciones que el autor extrae de sus propios recuerdos, en el caso de Ramírez. Y se enriquecen con una lectura personal de lo escrito por historiadores entonces recientes: Alamán, Prescott, Orozco y Berra, o las últimas producciones de críticos literarios o eruditos, como Francisco Sosa, Heriberto Frías, Ignacio Ramírez.

En los tres casos estas lecturas propician la inclusión en el texto de Altamirano de largas citas, muchas veces utilizadas para confrontar juicios opuestos sobre el biografiado y enriquecer, por contraste o convergencia, las opiniones de nuestro escritor respecto del héroe estudiado. Como era frecuente en la época, las citas no se autorizan con referencias bibliográficas pero, siendo textuales y bastante largas, son relativamente fáciles de localizar en las obras o los documentos de donde proceden.

En los tres casos, conjuntamente con la exaltación de la figura evocada que enriquece el patrimonio épico, moral y cívico de la nación, Altamirano establece una reflexión sobre la naturaleza de su heroicidad. En el caso de Cuauhtémoc esta heroicidad sirve para poner en evidencia las distorsiones y falsedades de la historia colonial y permite destacar una paradoja mexicana de cierto alcance historiográfico:

Lo general —explica Altamirano— ha sido que la historia se funde en los hechos, y la epopeya en la leyenda.

Y en lo relativo a la conquista de México ha sucedido que la historia se ha fundado en la leyenda por las razones que hemos expuesto al principio y el poema de Valle es el que se funda en los hechos mejor comprobados.⁵⁵

Al reivindicar la dimensión épica del personaje de Cuauhtémoc Altamirano desea reafirmar, contra el tópico de la pasividad y la sumisión de la raza indígena, la comprobación histórica de su combatividad. Más que inscribir a México en las elevadas regiones de la poesía épica, lo que le interesa es recuperar, frente a unas fuentes históricas que la solapan, la reciedumbre combativa indígena al defender sus posesiones ante los españoles:

¿Pues acaso el heroísmo, el verdadero, el incontestable, el que es útil por su enseñanza a la humanidad, el que sirve por su verdad a la poesía, no existe en la historia, y hay que buscarlo sólo en la fábula? ¡Qué afrenta sería ésa para la virtud humana...!

Cuauhtémoc existió sin necesidad de la mitología, y sin necesidad de la leyenda. Fue un tipo esencialmente humano, y por fortuna nuestra,

⁵⁵ Ignacio M. Altamirano, *Cuauhtémoc*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 352.

esencialmente mexicano, ...su existencia y sus hechos no son ficciones legendarias.⁵⁶

La participación decidida que Altamirano había tomado desde 1869 en la construcción de un nacionalismo literario no podía más que desembocar en la construcción del nacionalismo en la historia.

De una manera similar la exaltación de la figura de Ignacio Ramírez, además de ser un tributo a la amistad, responde a la voluntad de integrar entre los valores patrios las “virtudes” del biografiado.

Es un deber —dice Altamirano— para los que profesamos el culto de la libertad y para los que cultivamos las letras el dar a conocer a la posteridad el varón insigne a cuyo genio y a cuyos trabajos deben tanto la República, la libertad y la Reforma.⁵⁷

En cuanto a Miguel Hidalgo, presentado como el conductor “militar” del enfrentamiento entre clases sociales antagónicas que caracterizó el arranque del proceso de Independencia, Altamirano le atribuye la máxima heroicidad porque fue el iniciador de la insurrección y por lo tanto el padre de la nueva nación. En este texto se conjuntan los dos modos de historiar que hemos descrito anteriormente. Sin renunciar a las ventajas de un vigoroso análisis de los procesos generales en los que fue implicado el personaje central, Altamirano, siguiendo a los historiadores románticos, recurre a procedimientos casi novelescos como el de restituir los diálogos habidos entre los principales protagonistas con el fin de dar un mayor realismo a su evocación. La caracterización psicológica del biografiado tiene por objeto humanizar su figura, que participa de una cotidianidad minuciosamente reconstruida a partir de documentos de archivo —en el caso de Hidalgo la *Causa* instruida contra él por el tribunal de la Santa Inquisición, publicada por Juan Hernández y Dávalos en su *Colección de documentos para la historia de la Independencia de México* en 1877—⁵⁸ o a partir de fuentes secundarias examinadas críticamente.

La cuestión de la confiabilidad de las fuentes utilizadas por el historiador, base de su autoridad científica —y punto casi obsesivo para los historiadores positivistas—, está explícitamente abordada en la *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, como lo será en el estudio sobre *Cuauhtémoc*, y se entreteje con el relato histórico dibujando, en

⁵⁶ *Ibid.*, p. 353.

⁵⁷ Ignacio M. Altamirano, *Biografía de Ignacio Ramírez*, en *Obras completas*, v. XIII, *Escritos de literatura y arte*, p. 102.

⁵⁸ Ignacio M. Altamirano, *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, en *Obras Completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 231.

torno del héroe central, una suerte de aureola de atención no siempre desprovista de resonancias polémicas.

La historia: una necesidad social

Para Altamirano, la necesidad de “proteger la memoria colectiva de los pueblos”, de “reforzar el sentimiento de la nacionalidad”, y la “resolución de conservar el legado de los hechos heroicos”, reconocidos en la biografía de Hidalgo como “un deber del patriotismo”, bastarían para conferir al acto de escribir la historia una dignidad y una importancia excepcionales, que se inscriben sin dificultad en el filo de las concepciones clásicas de la historia antigua. Pero al apreciarse este acto como una “necesidad política de los gobiernos”⁵⁹ se traslada la actividad del historiógrafo del ámbito de lo particular a lo colectivo. Se agranda su relevancia y se le presta una dimensión un tanto diferente de la propiamente literaria. Mientras el literato pretende alcanzar con su obra un mensaje moral o humano de alcance universal, el historiador con la suya cubre una necesidad de las sociedades y de sus gobiernos.

Con esta apreciación del quehacer historiográfico, Altamirano se acercaría a una concepción más utilitaria y politizada de la historia que prevaleció entre algunos historiadores liberales, Adolfo Thiers por ejemplo, en honor de quien nuestro tixtleco había organizado un homenaje fraternal en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1877, consagrando un discurso encomiástico a su memoria.⁶⁰

Es importante recuperar este enfoque para completar la concepción de la historia que fue construyendo Altamirano a lo largo de su múltiple quehacer historiográfico, en parte romántico, estrechamente ligado al sentimiento, pero afianzado en el intelecto, científicamente apoyado en datos y fuentes, siempre crítico, pero progresivamente penetrado por la conciencia del interés superior de la nación y de su personal identificación con éste, aproximándose intuitivamente a la percepción gramsciana del papel orgánico del intelectual.

De este modo la historia, suma de conocimientos preservados del olvido⁶¹ por medio del saber, se vuelve fuente de un sentir. Quizás lo que hoy llamaríamos un sentimiento de identidad. En la medida en que la historia se asocia íntimamente con el mundo de los sentimientos,

⁵⁹ *Ibid.*, p. 215.

⁶⁰ Ignacio M. Altamirano, *Adolfo Thiers*, en *Obras completas*, v. I, *Discursos*, p. 270.

⁶¹ Ignacio M. Altamirano, “El 16 de septiembre”, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 303.

es decir, con pulsiones emocionales colectivas, se vuelve una fuerza motora de los acontecimientos humanos. Para Altamirano este sentimiento subyacente a la historia e intrínsecamente relacionado con ella, no puede ser sino patriótico.⁶²

Como a sus ojos el patriotismo⁶³ es el máximo valor social y político, la historia, en tanto es alimento de este sentimiento, no debe ni puede ser ignorada por el hombre político, pues al hacerlo éste se apartaría de un poderoso motor de las acciones humanas.⁶⁴ Por lo tanto la historia es —en el concepto de Altamirano— un material esencialmente político, y en la medida en que puede ser manejada científicamente para acumular mayor autoridad, se volverá todavía más eficiente políticamente hablando. De este modo, alejada de mezquindades partidistas, la historia podrá ofrecer al Estado —o a las elites científicas que lo sostienen— un instrumento de calidad incomparable para construir una conciencia nacional unificada y dar a la nación una cohesión a la vez cognoscitiva —racional— y *emocional* que buscará en los relatos laicos de su historia la base integradora que encontraba anteriormente en la religión.

Partícipe del mundo de la racionalidad y de la ciencia pero también del mundo de la emotividad y del sentimiento que le brinda una explosiva fuerza potencial, la historia se vuelve una necesidad colectiva del cuerpo social y es el Estado, concebido como la institución encargada de velar sobre la transmisión del saber común, el que se vuelve el primer interesado en su formulación y su difusión.

De esta suerte encontramos bajo la pluma de Altamirano una confluencia de herencias e influencias culturales. Él concibe la historia como un apartado privilegiado del saber, situado en la intersección de lo intelectual y de lo emocional. A la tradición clásica que concibe la historia como una fuente de ejemplos, con sentido moral, Altamirano añade una percepción romántica de la historia que se interesa en la identificación de las grandes fuerzas motoras de las acciones humanas. Nuestro escritor procura aproximarse en forma visionaria a sus momentos esenciales; sin embargo, deseoso de asegurar la supremacía de la razón sobre los impulsos de la afectividad, se esfuerza en rematar el edificio híbrido que ha construido con las exigencias de científicidad que son el signo de la modernidad y que propagará en México el

⁶² Ignacio M. Altamirano, *Revista histórica y política*, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 96 y 97.

⁶³ Ignacio M. Altamirano, “El 16 de septiembre”, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 306.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 303.

positivismo asociado a la influencia de los historiadores liberales y a la escuela científicista alemana.

Altamirano ¿historiador positivista?

Sobre este punto es necesario precisar un matiz importante. Altamirano no fue un positivista, menos un “científico” en el sentido mexicano de este término. En su caso, la profunda reverencia hacia la ciencia, que comparte con los positivistas, es un fruto del racionalismo, del espíritu científico tan propio de la Ilustración, enfoque conductor de la educación que recibió.

Esta aclaración que pudiera parecer metodológica tiene mucho que ver con el momento en que Altamirano escribe y, diríamos, se “atreve” a abordar la reflexión histórica que representaba para él, como hemos visto, una actividad intelectual grave.

A pesar de su añeja amistad con Justo Sierra, iniciada cuando éste era todavía un colegial de San Ildefonso, y que fue principalmente una amistad literaria; a pesar de sus contadas colaboraciones en el periódico *La Libertad*; a pesar de su adscripción a la Escuela Nacional Preparatoria como titular de la cátedra de Historia de la Filosofía de enero de 1877 a diciembre de 1878, Altamirano no formó verdaderamente parte del grupo de intelectuales “científicos” que emergió políticamente en México hacia los años ochenta del siglo pasado. Al recoger las colaboraciones de varios alumnos de Gabino Barreda, este grupo tomó cohesión en torno del periódico *La Libertad*, que se autodesignó, sin arredrarse ante las contradicciones, “Diario Liberal-Conservador”, definiendo con tan “enigmático” concepto⁶⁵ su orientación ideológica.

Altamirano sólo rozó este mundo conformado en la Escuela Nacional Preparatoria y a pesar de su prudencia inicial no pudo evitar un serio enfrentamiento cultural con aquellos jóvenes que llamaron “vieja guardia liberal” a la generación de sus antecesores culturales inmediatos.

Lo que Altamirano compartió con los futuros “científicos”, que fueron allí sus alumnos por breve tiempo, fue la devoción por un saber apuntalado en el rigor metodológico y un racionalismo militante que no fue privativo de los positivistas sino herencia que recogieron del científicismo ilustrado.

Pero lo que separó a Altamirano de ellos fue su profundo rechazo al dogmatismo intelectual. Si Altamirano tuvo algo en común con los “científicos” fue solamente el reconocer al Estado un papel rector en el

⁶⁵ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, t. 1, p. 164.

campo de la instrucción pública, y en el económico, con el fin de propiciar el progreso político y material de la sociedad. Sin embargo, a juicio de Altamirano, aquella función no justificaba el autoritarismo gubernamental. No eximía al gobierno del respeto a la democracia, fundada en el sufragio popular, ni justificaba la preeminencia sin contrapeso del poder Ejecutivo, dogma liberal inscrito en la Constitución de 1857 que, para él, debía ser respetado no solamente en su letra sino en su espíritu.

El elitismo de los “científicos” instalados en los esquemas evolucionistas de Comte, y sobre todo de Spencer, chocaba demasiado con las convicciones populistas de Altamirano. Él creía —como Lamartine— en una evolución orientada hacia el progreso porque se fundaba en el respeto de la libertad, fuerza motora de la sociedad, y rechazaba los determinismos preestablecidos, que sirven tantas veces de pantalla a la conservación de un *statu quo* social.

Cuando escribía en 1884 que “la historia de México, desde la Independencia hasta nuestros días no está escrita todavía,”⁶⁶ Altamirano no solamente quería recalcar los méritos de la *Colección de documentos para la historia...* de Juan Hernández y Dávalos —instrumento de trabajo indispensable, todavía hoy, para los historiadores interesados en el periodo—; lo que estaba asumiendo era que los trabajos historiográficos existentes —y entre ellos los suyos— eran insatisfactorios.

Cuando afirmaba: “...para México ha comenzado la época de la reconstrucción histórica,”⁶⁷ desbrozaba para los historiadores nacionales el inicio de la larga senda de un quehacer histórico siempre en la reconstrucción de sí mismo. Concepto de plena actualidad en nuestro final del siglo XX, al que accedió Altamirano, en forma solitaria, gracias a su privilegiada inteligencia por la doble vía de una insaciable curiosidad intelectual que lo guió en la búsqueda de fuentes documentales, y de una intuición certera, acaso de origen literario, que le hizo percibir la reconstrucción del pasado como una empresa siempre parcial, y nunca objetiva, por más que el historiador se esfuerce en serlo.

Conclusiones

Al examinar la distribución cronológica de los escritos historiográficos de Altamirano podemos observar que la extensión en el tiempo de la

⁶⁶ Ignacio M. Altamirano, “Colección de documentos para la historia de la Independencia de México desde 1808 a 1821, por Juan Hernández y Dávalos”, publicado en *La República*, el 9 de marzo de 1884, en *Obras completas*, v. II, *Obras históricas*, p. 321.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 323.

publicación de los textos relativos a Morelos (1880-1886) y la distribución de los estudios biográficos entre los años de 1884-1889 enmarcan la edición neoyorkina de la *Revista histórica y política* (1883). Este hecho parece indicar la coexistencia en su obra, durante un mismo decenio, de una doble o triple modalidad de quehacer histórico.

Por un lado, una modalidad de corte marcadamente analítico y científico, ilustrada por el texto publicado en el *Almanaque* de Manuel Caballero, de vocación esencialmente explicativa e intención política, destinado a un público culto, entrenado en la reflexión política. Por otra parte, una modalidad de similar o mayor calidad informativa, pero adornada con los ropajes de una prosa muchas veces poética, de gran poder evocador, cuya finalidad sería la de alcanzar a un vasto público lector, sólidamente configurado por aquellos días y acostumbrado a leer novelas, cuentos, crónicas y otras creaciones literarias publicadas en las páginas culturales de los periódicos.

Podemos pensar que en la *Revista histórica y política*, correspondiente a una modalidad analítica de relatar la historia, nos enfrentamos a un resultado de la larga práctica docente de Altamirano, que fue profesor de historia por años, primero en la Escuela Secundaria de Señoritas del Distrito Federal en donde asistió en 1872, después en el Colegio Militar, posteriormente por un breve tiempo a partir de enero de 1877 en la Escuela Nacional Preparatoria y finalmente en la Escuela Normal de Profesores de Instrucción Pública del Distrito Federal.

En cuanto a la segunda modalidad de hacer historia, la que campea en los “cuadros” consagrados a Morelos, ahí lo que se busca no es establecer sólidos juicios interpretativos, sino alcanzar niveles de significación más sutiles y globales. El acento se pone en la descripción de los hechos y la recreación de la verosimilitud psicológica del héroe y de su entorno más que en un análisis explícito. La cuidadosa selección de los episodios es la que permite acumular datos significativos acerca del comportamiento y la personalidad de los protagonistas.

De esta doble manera de escribir la historia se desprende una tercera modalidad, la que preside a la escritura de las biografías, en la que se combinan las principales maneras de concebir la historia que Altamirano reconoce y quiere recuperar. La clásica, la romántica, la científicista y la positivista. A esta última se apega sólo de una manera parcial, repitiendo sus exigencias científicas pero evitando el mecanicismo de sus explicaciones preestablecidas y mitigando, con sensibilidad, su engañosa “imparcialidad”.

Literato antes que político o intelectual orgánico, Altamirano ha dejado entre sus escritos una serie de textos que atestiguan su volun-

tad de apoderarse del pasado y de usarlo con fines didácticos para engrandecer la conciencia nacional.

Quiso rescatar una visión de conjunto de la historia nacional para dejar asentada, al iniciarse el último cuarto del siglo XIX, la regeneración política de una nación que, entre sangre y fuego, había conquistado su independencia apenas al comienzo del mismo.

Frente al juicio exterior que había vilipendiado tan unánimemente la anarquía mexicana, intentó explicar un proceso político, marcando sus etapas y señalando sus causas, y se esforzó por sobreponer el orden de la inteligencia al caos de los hechos. Para escribir esta historia nacional buscó, en un afán totalizador, abreviar en los diferentes modelos históricos que conoció, manifestando así un eclecticismo que constituye una de las lecciones de su trayectoria vital y hace de él, en el filo de una mexicanidad militante, un ejemplo convincente de la ubicación del México moderno en el seno de una cultura occidental cosmopolita.

En nuestros días, Ignacio Manuel Altamirano, conocido principalmente como novelista, ubicado como poeta y como crítico literario por un público restringido, y reconocido como un modelo de oratoria parlamentaria o cívica por quienes han leído alguno de sus discursos, es considerado como promotor de la educación popular por un sector especializado, el de los maestros. Pero contados son los lectores, incluso entre el público culto, que conocen sus textos históricos o que están familiarizados con su obra de periodista político.

Sin embargo, al querer establecer un panorama de la historiografía mexicana del siglo XIX, es indispensable tomar en cuenta los escritos historiográficos de Altamirano porque encontramos en esta faceta de su expresión literaria no solamente un elemento importante del legado cultural que quiso dejar a las generaciones venideras y una explicación de su devoción por la idea de patria, sino que hallamos en estos textos, anteriores a *México a través de los siglos* y a las grandes síntesis ideológicas de un Justo Sierra, una aportación original aunque casi totalmente circunscrita a la historia nacional.